

¿Por qué la dificultad de ser?

Ma. Antonieta Torres Arias

Ser o parecer

Por qué es tan difícil ser? Pregunta que formula una analizada a escasas sesiones de dar por terminado su análisis. Cuestión que surge a partir de reconocer todos los pedazos que la constituyen; comenta: "he hecho todo lo posible para pegarlos, unirlos, incluso aquellos que son mis defectos, pero tal parece que es una tarea imposible. Pensaba que al final de mi análisis tendría una imagen unificada, integrada de mí misma". En otras palabras, buscaba lo mismo que todos anhelamos; una restitución imaginaria que unifique: las pulsiones antagónicas, los deseos erráticos e imposibles, las contradicciones y contrariedades desconcertantes, el cuerpo frente a la angustia de fragmentación, el deseo con el erotismo y la pasión, etc. Es decir, tener una imagen completa y acabada de nosotros mismos, sin conflictos ni fisuras y con la vía de acceso, sin obstáculos, a la felicidad.

Esta es la pretensión narcisista de todo sujeto de SER UNO que encuentra su correspondencia teórica en los conceptos psicoanalíticos de Identidad e Identificación. Los filósofos reconocen un principio de identidad, "principio de la certeza" entre las leyes universales del pensamiento. Este principio se podría relacionar con lo que Freud postula como la identificación primaria, identificación con el Padre mítico de la prehistoria primitiva, punto cero de la identificación que moviliza lo pulsional. Esta primera identificación total del yo con el objeto total es esencialmente mítica, no existe y no remite a ningún dato clínico directo. Constituye en la teoría freudiana más bien una alegoría fundamental de la forma en la cual se transmitiría de generación en generación, más allá de los límites humanos, la

fuerza de la vida, la libido inmortal. El padre está desde el origen metafóricamente designado en la expresión simbólica de la representación del deseo de la madre.

Como bien señala P. P. Lacas, no existen vivencias psicológicas representables de este proceso de identificación primaria. Hay por lo tanto un principio de identidad que concierne a la naturaleza misma del ser, y que plantea así el problema de la identidad en el punto de partida. Ahora bien, esa identidad no puede establecerse más que en un proceso de devenir. De este modo la identidad del ser humano que en consecuencia no es sino principio de devenir va a dar comienzo a una identificación. En consecuencia, no se puede hablar de una identificación absoluta, precisamente porque los seres humanos no agotan nunca, por sí solos, todo lo que concierne a la naturaleza humana y, por lo tanto, a la identidad en sí misma.

Las identificaciones para Freud conciernen a la identificación del yo con un aspecto parcial del objeto, que va a depender de la forma que adopte la representación inconsciente del objeto: 1) un rasgo distintivo, 2) una imagen global o local y 3) una identificación al objeto en tanto emoción. Las identificaciones por lo mismo son siempre parciales y quedan disociadas o fragmentadas. Nunca puede culminar en ese ideal -que sería fantasmático- de la identidad del ser consigo mismo.

Lacan distingue tres tipos de identificación: 1) identificación simbólica del sujeto con un significante: nacimiento del sujeto del inconsciente, 2) identificación imaginaria del yo con la imagen del otro: nacimiento del yo, 3) identificación fantasmática del sujeto con el objeto (objeto a): nacimiento de un complejo psíquico denominado fantasma. Nuestro objetivo no es retomar de modo exhaustivo la teoría freudiana y lacaniana de la identificación, sino presentar una forma de pensar la identidad sexual, la identidad genérica, la identidad social, etc. como el intento desesperado, aunque fallido, de un sujeto humano amenazado desde su constitución misma como sujeto del inconsciente por la angustia de "nadicación", de vaciamiento y fragmentación.

En el sentido de la identidad, dice P. P. Lacas, lo que Lacan llama "falo" podría expresar, en la metáfora del lenguaje, el principio de identidad de los filósofos. Se podría decir que existe un principio de falo toda vez que, como Lacan formula muy bien, no hay

imagen o realización de falo; no hay ninguna representación posible, en la identificación, de lo que sería la identidad en el falo.

Hay que hacer una distinción entre la unificación y la identificación. La identificación, en el sentido de adquirir una identidad, no es una unificación sino algo que es distintivo, se refiere a las inscripciones en el inconsciente de los representantes pulsionales. La identidad en cambio es algo del orden del significante. Esto hace que la identificación sea el lugar de la abertura, de lo no acabado. Y la unificación es del orden de lo imaginario, del orden del deseo de todo sujeto de acceder a "una identidad" que le dé unidad, un yo sólido y cristalizado. Sin embargo se interroga Lacan: ¿por qué el sujeto cuanto más se afirma como yo más se aliena? Porque el yo implica desconocimiento, es un lugar de desconocimiento donde el sujeto se aliena, se enajena, transformándose en ese otro que es su imagen. Nadie puede tener de sí mismo la certeza de coincidir totalmente con su propia imagen; el yo siempre necesita reconocimiento para que se le asegure la permanencia de su imagen. De ahí la identificación al Ideal de hombre o de mujer que la cultura propone cada vez.

Frente al desdoblamiento y desconocimiento el sujeto se ve impulsado a buscar la certeza de un saber sobre su mismidad, poder decir: "Soy el que soy". Se trata de acceder finalmente a una identidad que lo salve de "ser nada para nadie", así como de la alienación más radical.

Es fácil darse cuenta de la gran dificultad para definir y abordar la identificación: ella puede ser referida a las formaciones del inconsciente, esto es, a un lapsus, un sueño o un síntoma, tanto como a las fórmulas de la sexuación y la ética, para significar al mismo tiempo la historia y la estructura del sujeto, su unicidad y su multiplicidad, su vínculo con lo mismo y con lo otro, con la vida y la muerte, con la imagen y con el significante. No hay carnet de identidad del sujeto ni unidad constituida. El análisis nos revela que el sujeto es, existente antes de toda precipitación en una imagen, antes del yo, que ex-siste pero suspendido, es decir falto en ser, deseante.

Lacan propone partir de la estructura del lenguaje y de las leyes del significante para abordar el problema de la identidad-singularidad-diferencia del sujeto. Para Lacan el sujeto se deduce de la

estructura del *significante*. Un *significante* representa al sujeto para otro *significante*. Privilegia la identificación que se funda sobre un rasgo único -rasgo unario- del objeto, que implica una lógica de la diferencia y un sistema de oposiciones. Las significaciones así como la compulsión a la síntesis están del lado del yo y dependen de los reconocimientos imaginarios. Como sujeto no se puede enganchar a una significación, pertenece a la lógica *significante*. En esta lógica, el Uno es el Otro. La subjetividad está en un lugar Otro: el inconsciente articulado por las leyes del *significante*, la alteridad radical.

La llamada identidad no es sino el punto privilegiado en donde el sujeto se ancla, se anuda, pretendiendo ilusoriamente detener el incesante movimiento de resignificaciones que está destinado a soportar. Su identidad será el modo de ser, de percibirse bajo lo cual creará controlar todos sus "espejismos posibles" al decir de Lacan. Si el psicoanálisis se opone a cualquier positivización sustancialista que se designe como identidad es porque acepta que de lo que se trata es de un permanente juego de posiciones y de representaciones que van definiendo distintos lugares subjetivos.

Para el sujeto se plantea la cuestión de su existencia no bajo la especie de la angustia que suscita en el nivel del *yo* y que no es más que un elemento, sino en cuanto pregunta aislada ¿Qué soy ahí? referente a su sexo y su contingencia en el ser, a saber que es hombre o mujer por una parte, por otra parte que podría no ser, ambas conjugando su misterio, y anudándolo en los símbolos de la procreación y de la muerte.

La cuestión de su existencia invade al sujeto, lo sostiene, incluso lo desgarrar por todas partes; es a título de elementos del discurso singular como esa cuestión se articula en el Otro.

Identidad sexual

La sexuación del sujeto, es decir, su elección sexual ocupa el lugar de la metáfora paterna -Nombre-del-padre sobre Deseo de la madre- metáfora cuya acción produce la significación fálica y la dialéctica del ser y del tener, o sea las dos vertientes de la lógica atributiva del falo. Esto quiere decir que las relaciones entre los sexos girarán alrededor del ser y del tener, en la medida en que dichas relaciones

remiten a un **significante privilegiado**: el falo. El **significante falo** organiza el ser y el tener y su lógica, pero no es el **significante falo** lo que se tiene o lo que se es. La **metáfora paterna** y la **lógica atributiva del falo** conduce al niño al juego de las identificaciones edípicas, esto es que la posibilidad de situarse como hombre o mujer está directamente relacionada con la simbolización de la ley y de la castración. Una vez más la elaboración del concepto de Falo en cuanto **significante** permite desenredar de otra manera las dificultades de la identidad sexual.

En el Seminario v. Lacan desarrolló la **significación del falo** como la **significación propia de la comedia**. Sostiene que como los seres hablantes no pueden ser hombres o mujeres en un sentido instintivo, a ambos sexos no les queda más que parecerlo: parecen hombres y mujeres. No pueden serlo porque no tienen la norma instintiva fija que les daría una realidad fija; por lo tanto la única solución posible es este parecer que, por ser un parecer de ningún ser, introduce la **dimensión de la máscara**. La máscara como una forma de búsqueda de un punto ideal, virtual, en el cual se podría ser plenamente hombre o mujer. Punto que tampoco existe, y que culmina por lo tanto en el fracaso. El primer efecto de parecer es la **búsqueda de una solución del lado del Ideal**, solución que no basta y que alcanza siempre esa caída de la **significación fálica** que es del orden de la comedia. Esto vale tanto para los hombres como para las mujeres.

Mientras más se esfuerza un sujeto por parecer muy hombre o muy mujer más tendrá que recurrir a los semblantes, por ello Lacan se referirá a menudo al efecto de ridículo que infaliblemente provoca toda parada sexual en los humanos, cualquiera que sea su sexo biológico.

El semblante tiene la función de velar la falta, tiene una relación directa con la castración. La pregunta que surge es: ¿por qué el velo le es al hombre más precioso que la realidad? ¿Por qué el dominio de la relación ilusoria se convierte en un **constituyente esencial**, necesario, de su relación con el otro? Es un hecho, como lo testimonian la historia y la antropología, la preocupación constante de la humanidad por velar, cubrir la nada. Porque todo sujeto tiene una relación con la nada.

Hablando de los semblantes, J. A. Miller se pregunta: ¿dónde están los hombres? Podría ser que fuesen ellos quienes están más cautivados por los semblantes que las mujeres. Podría ser que las

mujeres estén más próximas a lo real, a la nada, de tal manera que, quizás, al hablar de mujeres y semblantes, sean los hombres quienes están en el lugar del semblante. Se puede decir que la humanidad se empeña más en velar, cubrir a las mujeres, porque La mujer no se puede descubrir.

Lacan ha formulado que La mujer no existe, que hay solamente mujeres y que se puede hablar de ellas sólo de una en una. Como La mujer no existe hay que inventarla. Cada cultura inventa lo que sería el Ideal de mujer y entre otras cosas le proponen hacerla existir como La madre para hacerla existir como La mujer en tanto que tiene. Es decir, transformarse en madre, en Otro de la demanda, es transformarse en la que tiene por excelencia. Lo cual no deja de ser un semblante que abre toda una problemática "femenina", la problemática de la falta de identidad que tiene en las mujeres una intensidad en nada comparable con la que puede encontrarse en los hombres.

El hombre "lacaniano", como lo contrasta J. A. Miller, es por el contrario un ser pesado, estorbado, embarazado por el tener. El tener es un estorbo, y como él tiene algo que perder, está condenado a la cautela. El hombre es fundamentalmente miedoso de perder lo que tiene. De modo que el hombre no es sin semblantes, pero son semblantes para proteger su tener. He aquí una cobardía masculina que contrasta con el sin límites femenino.

La identidad sexual masculina y femenina que hallan su confirmación recíproca en la heterosexualidad depende de la dialéctica del intercambio heterosexual, es decir, de la dialéctica del don fálico. Por la razón de que la identidad sexual depende, en cierto modo, de la atribución fálica y de la función paterna, ciertas identidades diversas: homosexualidad, travestismo, transexualismo, ponen en evidencia en cada particularidad la ambigüedad respecto de esta identidad.

Precisamente la identidad a la que se apela a través de los semblantes pretende dar una coherencia total y única frente a las variadas, singulares y polifacéticas realidades intersubjetivas. Se busca coagular así en una sola representación lo que no es más que un incesante juego de representaciones y desatinos.

¿Acaso un solo acto, sueño, equívoco, no cuestiona y subvierte a veces totalmente una identidad que se creía plena y definitiva?

Mientras más se asume una máscara que representa la identidad, más se está bajo la amenaza de parecer otro del que se pretende ser.

Precisamente el psicoanálisis pretende que el sujeto renuncie a todos sus espejismos, a sus certezas imaginarias, y reconozca que el falo es un semblante y que atrás del velo no hay nada. Pero que al identificarse con la nada una mujer puede acceder por el lado del ser y no del tener al deseo y lo real del goce que desborda al falo y a todo significante. Al decir de Lacan: al identificarse con la nada, dialectizando y metabolizando el agujero, es como una mujer puede llegar a ser una verdadera mujer. Para el hombre el asumir su castración le abre las vías del goce y el amor de una mujer. Reconocer que son los más engañados por los semblantes y que a fin de cuentas lo que la cultura les exige es ser el semblante del falo.

Saber sobre lo incierto de la identidad que pretendemos tener nos posibilita como sujetos un acceso a la contingencia y un afecto de libertad. Como bien señala J. A. Miller, es la modificación como flexibilización de la condición de amor que domina a las elecciones de objeto.

J. E. Milmaniene nos dice que la identidad se encarna en un nombre que será sólo verdadera identidad en la muerte, instante puntual-eterno, donde el nombre bajo el cual vivió el sujeto -inscripto materialmente en la tumba -adquirirá un valor único, perdiéndose el sentido metafórico, soldándose la palabra al cuerpo definitivamente.

Bibliografía

- Freud, Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo*, Amorrortu Editores, Argentina, 1980, vol. XVIII, cap. VII, "La identificación".
- Freud, Sigmund, *Tótem y Tabú*, Amorrortu Editores, Argentina, 1980, vol. XIII.
- Juranville, Alain, *Lacan y la Filosofía*, Ediciones Nueva Visión, Argentina, 1992.
- Lacan, Jacques, La identificación (seminario inédito), 1961-1962. Lacan, Jacques, *Seminario 4, La relación de objeto*, Ediciones Paidós, España, 1994.
- Lacan, Jacques, *Seminario 5, Las formaciones del inconsciente*, Ediciones Nueva Visión, Argentina, 1976.
- Lacan, Jacques, "La significación del falo", en *Escritos 2, Siglo XXI* Editores, México. 1975.
- Lacas, Pierre Paul, *Discusión grupal sobre la presentación del Seminario de j. Lacan sobre la Identificación*, París, 1984.
- Miller, Jacques-Alain, *De mujeres y semblantes*, Cuadernos del Pasador, Argentina, 1994.
- Milmaniene, José E., *La función paterna*, Ediciones Kargieman, Argentina, 1989.